



LA HOJA de PARRA

EDICIÓN ESPAÑOLA
Méndez Alvaro, 2, 1.º • Apartado 547.
Horas: de dos á cuatro de la tarde

CARAS BONITAS



SUMARIO

MANUEL DOMÍNGUEZ
Sección vermouth.

DE REDACCIÓN
Juicio crítico sobre «La noche
más alegre de S. erezada».

ADOLFO LLUCH
Una injusticia.

ANTONIO CINTOS SANTIAGO
Leo y recorto.

LUIS CAPDEVILA
La última aventura de don Juan.

GERMAN GOMEZ DE LA MATA
Madrigal de los crespones.

E. LOPEZ BUSTAMANTE
¡Siempre tarde!

LUIS SANZ FERRER
Cantares baturros.

F. RAMOS DE CASTRO
El cobrador.

CARLOS. C. GARRIDO, P. R.,
CHER, MATEOS y M. S.

Varios dibujos y retratos de
María Ladvenant y Alvarito Re-
tana.



MARÍA LADVENANT

Bella y distinguida señorita, cuya aparición en el mundo artístico ha sido elogiada por la Crítica. Después de la aparición de María Ladvenant en el teatro Romea, los chicos de la "Hoja" comenzamos a creer en las "apariciones".

5 céntimos



LOS CRIMENES PASIONALES

ESTÁ visto... No hay día en que los diarios rotativos de la Corte no nos den la sensacional noticia de un crimen pasional, poniéndonos los

DE NUESTRO BAILE



—Me ha intrigado mamá: «Ya ves cómo vas al baile; veremos cómo viene después del baile go, yo no oído decir que después del baile

jelos más en punta que los de un cello.

Ahora, el último grito de la moda son las lindas camareras. El que un pollo histérico, en un momento de arrebató, mate á su novia, camarera de profesión, es un caso de epidemia que se repite un día sí y otro... también... O, mejor dicho, es un suceso tan frecuente como el no tener dinero á fin de mes.

—Oye, «Trini»: es la décimonovena vez que te digo que no sigas de camarera. ¡Ea!... Porque el día que me «inrítis»...

—¡Me asesinas?

—Te doy con el formón.

—¡Formal?

—No: formón.

Esta es la constante amenaza de «Rufo el Carpintero» á su amante «Trini», chulilla postinera de los barrios bajos.

—¡Ay, hijo; estás moralizador!... Pero también te gusta á costa de mi trabajo comer chorizo en el «coci»...

—Con tal de que dejes el oficio... transijo con que suprimas el «chori»...; pero le sustituyes con un trozo de balduque, «pa» que siquiera dé color al caldo.

¡Desgraciadas camareras! Si no fuera por ellas, ¿qué sería de los cafés? Estarían más solitarios que el Campo del Moro y más tristes que una esquel mortuoria. Porque, francamente, entre que nos dé una taza de café con gotas un señor camarero con una cara más agria que una fábrica de vinagres, ó que nos lo dé una camarera ó chica alemana, francesilla y, preferible, madrileña de la calle del Bastero (aunque para el café es mejor una francesilla), existe una diferencia mayor que la que existe entre el baile de la calle de Maripana de Prudencio Iglesias Her mida... ¡Y la elección no es dudosa!

parecidas habladurías de corredor y murmuraciones de vecindario:

—Oiga usted, doña Venancia... ¿Se ha enterado de lo de la «Filo»..., esa camarera del «Ideal Kae Moka»?

—¿Que no ha venido á acostarse esta noche?—pregunta, maliciosa, en voz baja doña Venancia.

—¡Quia!... Que la ha «matao» su novio Bernabé..., ese que tiene «inguias» y hace gárgaras con clavos.

—¡Jesús, María y José! ¿Y en qué calle ha sido el crimen?

—En la calle del Ave María.

—¡Válgame Dios!

—No: Ave María.

Todas las vecinas, después de secarse las manos en el revés de sus respectivos delantales, forman en corro, aguzando el oído para no perder ni una sílaba del relato de portería. Cada una expone su parecer é informa á las demás de cuantas noticias saben por adelantado:

—El agente de Vigilancia del 7..., aquel que de joven *trabajaba* en el circo..., está sobre la «pista» del criminal—alega doña Andrea.

—Pues un primo hermano de un amigo de mi hijo asegura que al final de

DE LA VIDA



Biblioteca Regional de Madrid

—No hablar mal del matrimonio. «Qué sería de nosotros sin los hombres»

la calle de los Estudios vió el «Rastro»... de las pisadas sangrientas del asesino.

La fantasía de las murmuradoras vuela hasta llegar al absurdo.

—Dicen que la causa del crimen ha sido un auto de prisión de su amante «Pepe el Buñuelo».

—¡Un «auto-móvil» del crimen!... No puede ser... Yo opino que se ha «envenenao» de pena—exclama furiosa «Rita la Rifadora».

—Eso intentó, y al efecto compró una caja de cerillas...; pero como si hubiera «tomao» horchata... ¡Son inofensivas!

—¡Qué bruto! La ha «dao» un tajo... que la llega hasta «asemejante» parte.

Y «Rita la Rifadora» señala en su rostro una distancia enorme, para hacer comprender á sus vecinas gráficamente la longitud de la cuchillada.

—¿Y dónde empieza ó nace el tajo?—la interroga «La Melliza».

—¡Ay, hija! No entiendo de «Jografía»...; pero los «péritos» dicen que es mortal.

—El criminal ya está en la cárcel, y ha declarado que la puñalada se la dió con un cuchillo de Filo...

—¡Afilado?

—De Filomena, mujer... Ella le llevaba en el delantal junto con unas cucharillas de plata.

Total, que las cucharillas ya pueden figurarse mis simpáticas lectoras dónde fueron á parar, pues á Bernabé, en la Comisaría, y en un bolsillo interior de la americana, le encontraron una papeleta de empeño por valor de siete reales.

«Ladrón... ladrón...; no mereces otro nombre»...

Entonando esta canción, y como obedeciendo á un conjuro, todas las vocingleras y parlanchinas mujerzuelas se retiraron á sus respectivas viviendas.

Está visto: en los actuales tiempos, el ser camarera es equivalente á hacer «posiciones á una puñalada pescuecera» vistas al Depósito Judicial.

Y todo por cometer el delito de luchar y tratar casi á diario con viejos libidinosos, horteras domingueros y chulos explotadores de sus encantos y placeres, que viven con el producto del trabajo y privaciones de las

MANUEL DOMINGUEZ.

LOS LITERATOS



ALVARITO RETANA

Estupendo dibujante de figurines y acreditado escritor, á pesar de sus cortos años, pues Alvarito gasta aún, como quien dice, los pantalones abiertos...

«La noche más alegre de Sherezada»

ALVARO Retana, uno de los jóvenes escritores de más enjundia y talento, acaba de publicar una primorosa novela titulada «La noche más alegre de Sherezada»...

La última novela de Retana es furiosamente «hojaparresca»; pero su lenguaje es atildado y sereno, como corresponde á un tan alto escritor, y las imágenes que emplea sorprenden por su novedad y buen gusto.

El fondo de «La noche más alegre de Sherezada»... es de una profunda ironía. Nada tan humorístico como los personajes y las escenas de la novela de Retana. ¡Bueno sale de entre sus manos el fastuoso y sensual Oriente!

Merece Alvaro Retana por este libro que acaba de ofrecer al público un éxito grande. Nosotros creemos que lo tendrá. Los lectores de LA HOJA DE PARRA leerán por lo menos las páginas de «La noche más alegre de Sherezada». Si no, renegarían de su linaje de gentes de buen humor...

UNA INJUSTICIA

(Memorias de un aliñado, escritas con un trozo de carbón de arco voltaico en las paredes de su aposento.)

Sí, señores. Es una enorme injusticia la que han cometido conmigo. Había gente gorda empeñada en que yo pasase por un chiflado, y ¡voto á Dios que lo han conseguido! Pero tú, lector desapasionado, podrás juzgarme imparcialmente, y verás que no lo estoy. Voy á contarte el acto más sensato y más cabal que he cometido en mi vida, y con el cual hice oposición para entrar en este aposento y obtuve plaza.

Yo tenía una esposa bellísima. Legítima, de Jijona. Y digo legítima para que la maledicencia humana no pueda sonreirse maliciosamente al oírme hablar de una mujer guapa, suponiendo

que yo me trajese algún lío por esos mundos de Dios. Mi esposa, repito, era adorable. ¿Ustedes no habían visto nunca desnuda á mi señora? ¿No?... ¡Ah! Pues tengan ustedes la seguridad de que valía mucho más que todas las de ustedes juntas. Su cuerpo era una reproducción exacta, sin retoque, de las diosas que tantos malos ratos le daban á Dios. Confidencialmente: tenía unas pantorrillas que encendían el pelo. Y fuese por las pantorrillas, por lo de más abajo ó lo de más arriba, el caso es que entonces sí que estaba yo loco por ella. Y no me encerraron. Sus caprichos eran mandatos para mí. Una noche, en el Real, me obligó á dirigir la orquesta, y para hacerlo tuve que darle un puntapié al maestro que llevaba la batuta. Mi mujer me dijo que la ponía nerviosa ver á aquel tío siempre con la batuta levantada. Otro día se empeñó en que yo debía matar al presidente del Consejo de ministros.

DE LAS MIL Y UNA NOCHES



—Con hombres así, no me extraña que en el Reino de Madrid mil y una noches contaran los cuentos. ¡A ver que remedio le quedaba!.....

Cogí una estaca, le busqué, le encontré, y si no hubiera sido porque el infeliz echó a correr como alma endemoniada y pudo asirse á la trasera de un automóvil, á estas horas estaría el presidente del Consejo de ministros en el escaparate de alguna taberna, entre otros pájaros de su clase.

Hasta aquí vivía yo feliz y tranquilo. Pero la tragedia se cernía sobre mi cabeza y acechaba el momento de echarme el lazo. Y me lo echó. El príncipe de Asturias se enamoró de mi señora. Y á pesar de que era una honra para mí el tratar con tal personaje, me pareció que el parentesco que quería en-

EL DE GALA



—¡Si supiese usted lo que pienso, capitán!

—Pues no te hagas ilusiones, porque tendrías que rebajar bastante.

tablar con la familia no me honra mucho. Yo estaba que mugía y me preparé á la defensa.

Vivíamos nosotros en una elegantísima buhardilla de la calle de Embajadores. Y hasta allí, naturalmente, llegó el príncipe de Asturias.

Una noche en que me iba á salir á la calle para comprarle una ca-

taplasma con objeto de curarse un catarro que tenía, regresé á mi casa, y, sorprendido, oí de labios de mi esposa que ya se la habían colocado. Y agregó tartamudeando por la emoción seguramente, que esperase un poco, porque ya estaba entrando en calor. Desesperado, entré en la habitación y busqué al seductor entre las sábanas de la cama. Dí un cabezazo tremendo, y... ¡Prendido en mi cabeza, como un guifapo, levanté en vilo al príncipe de Asturias! Mi mujer, asustada, quiso colearme, agarrándome no sé por dónde. Todo fué inútil. Cogí una sábana, á modo de muleta, para esquivar las acometidas de mi adversario. Pero él, tirando una sartén de la cocina, me dijo que allí no había más buey que yo, y me arreó un sartenazo que me hizo dar más vueltas que un tío vivo. Y yo estaba más muerto que vivo. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, yo creo que divino, me armé de una escoba, y con ella le rompí la cabeza. Luego le partí la nuez con un abrelatas. Y cuando iba á practicarle la autopsia para ver de qué mal había muerto, llegaron los hombres y, en una espuesta, me trajeron aquí. Y aquí estoy, llevando una existencia perra y esperando el día de mi liberación. Pero será tarde, porque todo parece volverse contra mí, y ahora me dicen que el director está enamorado ciegamente de mí. (Dicho sea sin intención de alabarme.)

Me comunican que mi esposa se ha puesto más gorda. La adúltera ha puesto un puesto de castañas, que creo es lo mejor de su clase. Y puesto que el puesto lo ha puesto con dinero mío, estoy dispuesto á ir al puesto á hacerle los morros en cuanto me suelten. Luego, me dedicaré á torero. Y con lo que gane le compraré un traje á esa señora desnuda que hay en la estatua de Goya para que la vistan. Porque aquello es una indecencia. Y no ha derecho á que, después de haberla dejado sin camisa, esté él encima, pitorreándose de su obra.

Lector: yo creo que la narración de mis infortunios te habrá convencido de que estoy completamente cuerdo. ¡Verdad que no tienes duda alguna de ello? Y si la tienes, lo mejor será que te hagas reconocer por un médico, porque podría ser que el que estuviese loco

LEO Y RECORTO

MUJERES DE MERITO

La eñorita Bina M. West fundó hace veintitrés años una Asociación llamada «Ladies of the Maccabees», dedicada á beneficencia, en la cual todos los miembros dan una cantidad para dejar provistos á sus hijos en caso que mueran.

En todos los Estados Unidos existe ya la Asociación, y hay 187.000 miembros.

Todo eso se debe al trabajo de una sola mujer.

(De «El Mundo», diario habanero.)

Sentar una discusión al anterior comunicado es completamente inadmissible. Basta la afirmación rotunda y concisa de la noticia dada por el diario habanero «El Mundo».

Decididamente, la pacifidad de Europa batalladora ha de deberse únicamente á la perseverante actitud en que se coloquen las hembras de los correspondientes países con respecto á los varones de la misma nacionalidad.

COMO SON ELLAS



—Me trata bien el de la derecha y más que bien el de la izquierda. Pues ya varán ustedes como yo acabo dando en medio...

NO LE LLEGA



—Hijita: si sigues engordando asi, no me va á llegar el brazo.

—Y aunque no engorde. Yo creo que no te llega ya.

Negar incansable tenacidad al «sexo débil» (mal empleada frase), es igual que negar lo que ante nuestros ojos se realiza. Por eso, la mujer, vista bajo el prisma de la fascinación, es el único ser capaz de retener bajo su dominio la voluntad de sus contrarios.

Buena prueba de ello es, y para eso está la aseveración del anterior recorte periodístico, lo acontecido con la señorita Bina M. West, de New York, quien, con paciencia de anacoreta, ha logrado formalizar una Asociación que cuenta ¡nada menos! que con la respetable cifra de 187.000 miembros, y que, ¡claro es!, se hallan bajo su dirección. Admira el trabajo que representa reunir tantos miembros por una sola mujer, y en veintitrés años.

¡Habrá que ver las reuniones que celebre la «Ladies of the Macabees», que así se denomina la Asociación en cuestión, bajo la presidencia de miss Bina!

¡Bibliotecas Regionales de Madrid, simpatiquísimas lectoras—éstas las primeras—y pacientes lecto-

res, un salón espacioso, formidable, tapizado todo él de rojo-revolución, á cuyo fondo—del salón, no del rojo-revolución—encuéntrese un trono con varios sillones. Esta es la presidencia.

En uno de estos sillones, ricamente ornado con relieves de oro viejo y el rojo de antes, hállase sentada la extraordinaria é infatigable miss Bina y, á su alrededor, unas cuantas señoritas—vocales, por ejemplo—que quitan la cabeza. ¡Qué socio ó miembro que asista á una de estas reuniones no ha de perderla? ¡Ninguno! Esto teniendo en cuenta que las supradichas señoritas norteamericanas sean jóvenes y guapas, y que la presidenta, aunque jamona, esté de buen ver, porque, si no, no he dicho nada.

FATALIDAD



Prosigamos—que se me ha escapado el hilo de la oración, como cualquier esposa infiel—y pasemos por alto los incidentes que, más ó menos jocosos, acontezcan en la sesión.

Más tarde—al anochecido—, cuando miss Bina se disponga á dirigir la palabra al auditorio, no es de dudar que, con su elocuencia, se levanten los miembros... de sus asientos, y éstos la ovacionen con un calor propio del mes de Agosto.

Loor á tan incommensurable mujer, que en veintitrés años de constante trabajo, ha logrado reunir tantos miembros, aunque estoy seguro que muchas de nuestras compatriotas, al leer esto, exclamarán: «¡Bah, yo he tenido más!»; pero yo apuesto lo que ustedes quieran que juntos... ¡quia!

Si las condecoraciones, cruces y demás zarandajas laudatorias se hicieron para algo, este algo es del concedérselas á miss Bina, á quien se debe considerar, no como una de tantas mujeres que pueblan la Tierra, sino como una «mujer de mérito», que merece párrafo aparte en la Historia.

Ante una neoyorquina de tan indiscutible poder, no tenemos más remedio que descubrirnos, aun á trueque de «pescar» un resfriado, que todo lo merece «el trabajo de una sola mujer» que pudo, y supo, tener á su capricho la extraordinaria cifra de 187.000 miembros.

¡Que ya son miembros!

ANTONIO CINTOS SANTIAGO.

14-1-916.

LA ÚLTIMA AVENTURA DE DON JUAN

EL tren se ha detenido trepidando en la sórdida estación provinciana.

Un hombre, con la gorra galoneada, con almadreñas y sin afeitarse, tirando del cordón de la campana, ha gritado:

—¡..., dos minutos!

Una mujer, coloradota y forzada, ha paseado á lo largo de las ventanillas que enmarcan los rostros de los viajeros, lívidos de la noche pasada en el tren, pregonando su mercancía: bolls de mazapán, llenos de polvo, ese polvillo del carbón de todas las estaciones, y de moscas, esas moscas verdes y rojas, moscas terribles y endemoniadas...

La locomotora ha silbado de una manera desgarrada y aguda. Un estremecimiento de herrajes ha corrido por los vagones, y el tren ha partido.

Don Juan, que, al descender del departamento, se había quedado un poco indeciso en el andén, ha entregado su billete al hombre de la gorra galoneada y ha salido. Don Juan es ya viejo. Don Juan ya no es el don Juan de la dorada leyenda. Se han hundido sus ojos; en la corona livorosa de las cuencas: Infinitas arrugas surcan su rostro, de fauno y de asceta. El tiempo ha nevado sobre su cabeza y sobre su corazón coronado de espinas. En el rostro del viejo galán tan sólo parece vivir la boca, glotona, roja como una herida. Un hato dorado ovala su cabeza de Dios guillotinado. Don Juan viste un holgado pardesús, un fieltro gris casi blanco.

Don Juan es miope y padece de reuma. Don Juan se ha sentido tan cansado, tan inútil, que se ha dicho: «Voy á morir. Bien...; mejor. He gozado todos los placeres, he sufrido todos los tormentos. En mi senda han nacido las más bellas rosas y los más erizados espinos.»

Y ha querido renovar todas sus heridas para cubrirlas, como el mendigo legendario, de flores. Se ha despedido ya de todas sus amantes. En esta vieja y silenciosa ciudad vive Julia, la última mujer que por su amor ardió en la hoguera de todos sus deseos, de todas las aberraciones. Ahora

es una señora seria y formal, presidenta de dos ó tres Congregaciones religiosas; está un poco gorda—penitencia de todas sus locuras—, y se caso con el secretario del Ayuntamiento.

Don Juan, bajo el doloroso agobio de los recuerdos, ha cruzado una plaza, llena de sol, anillada de porches sombríos; se ha sumido en la penumbra azul de una callejuela. A poco ha

DE LA BUENA SOCIEDAD



—No hay nada tan delicado como el lenguaje de las flores.

—¡Anda! ¿Y el de la calle de la Flor? El otro día me dijo una joven «que sentía nostalgia por tener un niño»...

salido á otra plaza, lindante ya con los campos: una dorada llanura de mieses maduras.

En esta plaza solitaria, donde una fuente canta la ingenua tonada de su soledad, se alzaba, toda grisea y comida de musgo, la fábrica de un caserón del cinquecento, con escudo nobiliario sobre la puerta y balcón volado.

En esta casa tan decorativa, tan escencográfica, le han dicho á don Juan que vive Julia. En otros tiempos—¡los buenos mantares de su juventud!—don Juan habría asaltado la casa. Hoy,

viejo, miope y con reuma, se ha detenido en el zaguán—ancho, jalbegado, con negras estampas de santos en las paredes, con un sofá y unas sillas de mimbre—, y ha gritado:

—¡Ave María! ¡Ave María!

A poco, de una puertecilla disimulada bajo la escalinata, ha salido una niña. Blanca, rubia, con el pelo peinado en tirabuzones como las damas del siglo XVII francés. Con las piernas, casi eléctricas, bajo la malla calada de las medias, y los brazos, rosados y gorduzuelos, al aire.

Don Juan—el fauno viejo, con los ojos muy brillantes, con un leve temblor en los labios y en las manos—na pensando: «Así sería Julia poco antes de conocerla yo...»

Y ha preguntado. Pero mamá no es-

taba en casa. Papá, tampoco. Si se aguardaba...

A don Juan se le encendían los ojos como á un demonio. Le temblaba la voz. Le temblaban las manos...

Don Juan se aguardó. Y al regresar Julia, la nena estaba muerta, tendida en el zaguán, sonriendo.

En sus vestiduras, albas como la flor del almendro, había florecido una rosa de sangre.

LUIS CAPDEVILA.

Para toda clase de anuncios en esta Revista, dirigirse á D. Francisco Pastor, Juanelo, 1, segundo.

DEL TEATRO DE LA VIDA



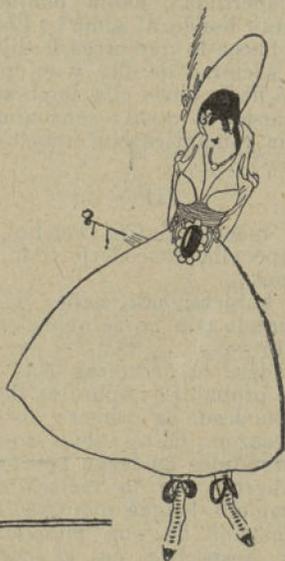
—He ganado mucho los días de estreno; algo menos los días de moda; mucho menos los de función popular..... Ya lo dijo el otro: «El Mundo comedia es!.....»

MADRIGAL DE LOS CRESPONES

Caminas recatada
entre la sombra negra
de tu crespón flotante,
sabiamente enlutada,
y hay no sé qué que alegra
en tu luto galante...

Si dicen tus crespones
sombrios, dolorosos,
una tristeza muda,
tus ojos juguetones
me miran maliciosos
entre tocas de viuda.

LO QUE ELLAS PIENSAN



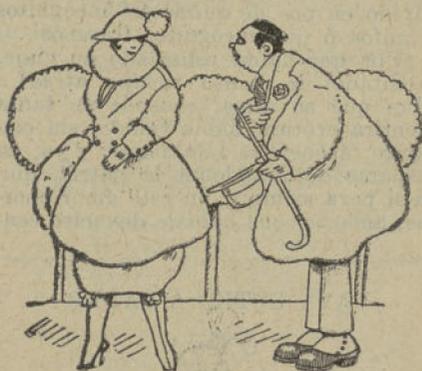
Malicos

—No, pues por lo menos es hombre fino,
porque recuerdo que usa calzoncillos de
seda...

¡Ah, quién fuera el poeta
que hábilmente cantara
con su más hábil canto
la penumbra discreta
donde ríe tu cara
junto á enlutado manto!...

Te vi pasar de prisa,
alegre y luctuosa,
doble é indefinible;

BUENA DISPOSICION



—Vaya, déjeme en paz. Usted no es un
hombre serio.

—¡Que no soy serio, Luisita, cuando estoy
dispuesto á hacer todas las tonterías que se
te ocurran!

en la boca la risa,
tu risa maliciosa
de musa incomprensible.

Brindas raros placeres:
tu «toilette» es funesta
y tu boca es un fruto...
Yo te amo como eres:
¡con el alma de fiesta,
con el traje de luto!

GERMÁN GOMEZ DE LA MATA.



¡SIEMPRE TARDE!

PARA JOSÉ RAFAEL POCATERRA.

En Maracaibo.

I

CONTRA la borda de estribor, mi-
rando las olas vagamente, recor-
daba los amigos, la patria, la
novia querida, que allá quedó sola,
triste, pensando tal vez en el probable
olvido de aquel hombre que lo fué todo
para ella, para quien ella lo fué todo
y que acaso no volvería á ver jamás.

¡«Never more»!... Triste verdad que
ahora muy hondo en este
desesperado atardecer sobre el atlán-

tico, sobre este buque que le llevaba rápido en pos de quizá qué incógnitos triunfos ó qué incógnitos fracasos...

¿Por qué había retardado su viaje, meditado de tanto tiempo atrás?... ¿Por qué su alma, cansada de tanta mentira erótica, había venido, sin embargo, á encallar fatalmente, y ya, en vísperas de abandonar la patria, quizá si para siempre, en este amor enorme, amargo, que habíale devuelto cen-

¡VAYA USTED A SABER!



—¿Y por qué me dirán que ya voy siendo grandecita para juguetes? ¿No será que estos juguetes van siendo chicos para mí?...

tuplicada la tragedia sentimental de sus primeros amores?...

II

La vida le había herido siempre en mitad del pecho, aun en esta última vez, en que quiso buscar un poco de placer y sólo había encontrado un mucho de amargura.

Llegóse siempre tarde á la que hubiera podido hacerle feliz, á la que hubiese podido hacer dichosa, y taciturno y solo, la juventud del alma se le fué muriendo entre amores fáciles, que otros antes supieron disfrutar de los cuales él, que nunca supo tra-

tar como «perdidas» á las que otros perdieran, sólo supo recoger la tristísima hez de los recuerdos de lo irremediable. Para ellos, para los novios anteriores, las caricias perversas, los torpes abandonos en intensos goces sensuales; para él, eterno romántico incurable, los jirones sentimentales de esas pobres almas viciosas, confundidas allá, en el fondo inexcrutable, con los sedimentos de pasadas impurezas que él quisiera perdonar, pero que nunca pudo olvidar.

De esta última, de esta Gloria que quedaba allá, en la provincia, llorando su ausencia, le habían dicho tantas cosas, tantas enormidades perversas, que no imaginó nunca tomarla en serio... ¿Por qué, pues, la que él sabía viciosa, «perdida», había podido entrarse tan hondo al alma? ¿Por qué no pudo hacer lo que otros le dijeran: gozarla, saciarse de ella y en paz?... ¿Por qué no le quiso ella como tal vez había querido á otros: sensualmente, sin tregua romántica, sin anhelos sentimentales?...

III

Sufrió mucho. Sufrió mucho todavía... Supo ella concederle todo, hasta su alma.

Mejor hubiera sido haber viajado antes, cuando aún no se había enamorado tanto.

Sus dudas, sus certezas más bien, sobre las probables impurezas de ella, empezaron desde la primera noche en que se besaron: besos sabios aquellos, besos aprendidos en largo aprendizaje que le dieron, con la viciosa sensación de aquella lengua inquieta, la dolorosa emoción de una puñalada de horribles sospechas en el corazón. Luego, otras cosas tristes, miserables, que el placer que ella le daba con las manos durante la noche, por la reja, iba él sufriendo en indefinibles sensaciones, en tremendas seguridades de que aquellas mismas impurezas habían sido antes para otros, para otro por lo menos, como ella hubo de confesarle la noche en que, por fin, se le entregó...

Honda puñalada en el alma del que, sabiendo toda la verdad, sentíala doble, sin embargo, al escucharla de sus labios... ¿Habría sido también de otro «perdido», como le habían dicho antes?... Negóselo siempre ella, ella

IDILIO



—Oye, Pascual: ¿no tuviste nunca un sueño pensando que me tenías «así»?
 —No; pero ¿spués de tenerte así, creo que me va á hacer falta un sueño.

que todo se lo había confesado y él ni siquiera pudo asegurarse bien esa noche de tremendas angustias. La duda sórdida, trágica, quedó campeando en su espíritu...

IV

¡Siempre tarde!... ¡Siempre tarde!...
 ¿Por qué, ¡ah!, Dios, tanta amargura?
 ¿Por qué siempre había de llegar cuando ya otro se había llevado su felicidad?...

¡Gloria! Pobre Gloria, que tanto le amaba, que tan feliz hubiera hecho de haberla encontrado en otro tiempo, de no habersele acercado como siempre: ¡TARDE!... Pobre Gloria, ingenua y buena, llevada por la perversidad de los hombres á impurezas inconscientes que en doble traición irreparable de aquel pasado á este presente habían de troncharle la felicidad de ella y de su amante!...

Y ante la tarde impávida, desde la inmensa tristeza de su alma, rodaron sus lágrimas á confundirse, con las alas, en un infinito desbordamiento de piedad y de ternura por la

via que allá, en la provincia, en ex-
 piación á aquel pasado irremediable,
 quedó condenada á su olvido y su
 abandono...

ENRIQUE LÓPEZ BUSTAMANTE



Cantares baturros

¡Habláis pestes de la esposa
 y hasta pedís que se muera;
 y luego, si «us» quedais viudos,
 no sabéis dónde «ponela»!...

Ayer nos preguntó el cura:
 —¿Cuándo será el... «himeneo»?
 —¡Rediós, con la palabrica!...
 ¡No me «güele» a nada «güeno»!

«Dende» que tu me dijiste
 que me quierés a mí sólo,
 siempre que abro yo los míos
 es «pa bendicir» tus morros.

Ayer me enseñó tu madre
 un cuadro de cañamazo,
 con un «retulo» que dice
 que lo hiciste de diez años.

Ufana «pué» estar Valencia
 del arroz «Bomba» que tiene...
 ¡Pero en Aragón, tenemos
 la longaniza de Fuentes!

LUIS SANZ FERRER.

EL SEXO DEBIL



—¿También e ta noche vas al teatro?
 —Sí, pequeña: hay estreno.
 —¡Pues ya va siendo hora que haya algún
 «casal»!

EL COBRADOR

(TRÍPTICO HISTÓRICO)

I

Gabinetito coquetón. Finísimas porcelanas, espejos biselados, suntuosidad en el decorado y refinamiento de coquetería en el detalle.

La marquesita del Arroyo, feilla de rostro, pero de amplias caderas y luju-

REPRODUCCIONES



—Entonces, ¿tu novio es así?
—Sí; pero mayor, bastante mayor.

riosa mirada, lee un libro de Insúa, ávidamente y tendida en posición decúbito supino, sobre una «chaise-longue». Es su posición favorita.

Una puerta se abre; y una doncella, al parecer, asoma.

—Señorita: el cobrador del abono de la berlina, con la cuenta de este mes.

La marquesita da un respingo.

—¿Ha visto usted cuánto importa la cuenta?

—Trescientas pesetas.

Bis en el respingo.

La marquesita sufre. Un literato crapuloso y gitano rebañó la víspera el fondo de su cajita de caudales para hacerse pagar unos versos cretinos.

El apuro es «conflagracionativo», ¡rediez!

Por la cabezota de la marquesita, cruza una idea deslumbradora como la luz «Moore Artigas». Una sonrisa diabólica dilata sus labios, desgastados por el uso, y una aspiración fuerte, que, tratándose de una marquesa, es una noble aspiración, dilata los balcones corridos de su nariz.

—¿Qué tipo tiene ese hombre?— pregunta.

—Es corpulento como un Calbetón, señora.

—¡Que pase!— ordena rápidamente la «prócer».

Apenas desaparece la doncella, la marquesita desabrocha de un tirón los automáticos de su bata, dejando al descubierto que no se había puesto el corsé ni los pantalones. Espera.

Una voz macho pregunta:

—¿Se puede?

—Adelante—asiente la dama.

El cobrador penetra, ve la actitud de la marquesita y se cree amenazado de una apoplejía; porque, ¡caray!, la señora tiene lo suyo.

—¿Trae usted la cuenta?— pregunta la joven, lanzando al corpulento mozo una mirada capaz de pulverizar un concejal, pongo por cosa dura.

—Tres... trescientas pesetas—balbucea el pobre bestia.

—Acérquese usted... Deme esas llaves—y señala á unas que penden de un clavito colocado en la pared, sobre la «chaise-longue», do yace la fresca.

El cobrador avanza, se inclina. Una mano de la condesa se mueve rápida. El animal, vacila y...

A poco, la marquesita sonríe satisfecha y despeinada, arrugando la cuenta entre sus dedos. Las llaves no se habían movido de su sitio. ¡Es claro!

II

Reunión lúbrica en un hotelito, allá por el final de la calle de Alcalá. Perso-

PERRERIAS



—¡Qué atrocidad! Apuesto á que tampoco se acuerdan de mi pobre «Leal» para esta vacante de la Academia. ¡Quisiera yo ver al elegido...!

najes: la marquesita del Arroyo, el marqués de las Hendiduras, literatos y sinvergüenzas.

La marquesita cuenta al marqués la aventura del cobrador. El marqués, con los labios húmedos, arruga en una sonrisa idiota de necesidad su estúpida cara de Luna llena.

Escuchando un detalle que le da la del Arroyo, ponderativo de la largura del

cobrador, el marqués se estremece, y abre un ojo tamaño...

—¿Dónde tienes el abono de la berlina?

—En X.

—¿Cómo se llama ese cobrador?

—Juan.

—Gracias.

Y los ojos del noble ballenato se ponen en blanco, mientras un «trémolo» de no sé qué le hormiguea la medula.

III

Ha transcurrido un mes.

Dormitorio del marqués. Éste, en el lecho, cubre su busto con una camiseta calada que deja entrever su carnaza sonrosada de ninfa macho. Sobre la mesilla, una caja de polvos y varios frascos de esencias riquísimas y penetrantes patentizan el refinamiento empleado en su «toilette», por el noble animal.

Un ayuda de cámara, sonrosado como una monja, anuncia:

—Señor: Juan, el cobrador del abono del coche...

—¡Ay!—suspira el marqués—¡¡Que pase!!

El marqués vivía en la Castellana.

Las «bofetás» se oyeron en la «Maison Dorée».

FRANCISCO RAMOS DE CASTRO.

FOTO grafías artísticas del natural. Catálogo detallado, 30 céntimos sellos de correo; con varias muestras surtidas, **4 pesetas**, giro postal.

L. Leonard, sucesor

Calle Padua, Barcelona.

Agentes exclusivos en Suramérica,
MASIP Y COMPAÑIA
RIBADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Viuda de José Lerín

encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid (**Abada, 22, tienda**).

PASTORA IMPERIO ■ ■ ■ LIBRO DE INTIMIDADES

UN TOMO EN 8.º DE 130 PÁGINAS, 2'50 PESETAS

CONTIENE ESTE LIBRO: «El relicario de sus confidencias». — «Cómo empezó á bailar Pastora». — «La gloria del *début*». — «Los dos duros más bendecidos». — «Por qué pasó á llamarse Pastora Imperio». — «Un célebre baile de máscara». — «Los comienzos de la Fornarina». — «Los amores de la Imperio y el Gallo». — «La Imperio sueña con ingresar en un convento». — «La Imperio, en su hogar». — «Su devoción por la Virgen de la Esperanza». — «Caridad hermosa», etc., etc. — Una magnífica portada y profusión de fotografías. — Se envía á provincias, certificado, por 3 pesetas en sellos de Correos, ó Giro Postal. — Los pedidos, con su importe, únicamente á **Antonio Ros**, librero, **Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid**.

Exportación por mayor de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero. — ON PARLÉ FRANÇAIS.

ANTES, EN EL LECHO CONYUGAL, Y DESPUES

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas**. Buenas librerías de España. En Madrid, Fe, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo, certificado, enviando 3 pesetas por Giro Postal á *Archivo*, Apartado 432, Madrid.

¡ CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. • Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en giro postal, recibo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar. Los pedidos con su importe, dirijanse únicamente á **Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid** (casa fundada en 1896). — *Biblioteca privada*. — Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas. — *Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos* á los señores librerías y correspondientes de España y América.

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS

HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

ESTABLECIMIENTO

TIPOGRÁFICO DE "EL LIBERAL,"

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos. —
" Memorias, etc., etc. "

Marqués de Cubas, 7.-Madrid